

Elogio y memoria de Pablo Neruda

Escribe: NESTOR MADRID-MALO

Se conmemora un aniversario más del tránsito terreno de aquel que si en vida fue ejemplo de compromiso permanente con la poesía y con el pueblo —poeta entero y poderoso, dominador genial de los secretos orfeicos, a la vez que poeta civil y político, jamás desfalleciente en la defensa de la causa popular—, ahora, ya convertido en apagada hoguera fantasmal, representa para la limpia humanidad que siempre guió su voz y sus pasos y que, atónita, contempló su lejana extinción entre un eco sordo de botas y de sables—, la más grande figura con que América haya contribuido a ese laico santoral que integran quienes mejor han interpretado el pulso y ritmo de sus más puros valores y anhelos. Y no de cualquier modo sino a través de ese mágico lenguaje, de esos misteriosos símbolos en que de pronto, casi sin saberlo, estalla la flor de la poesía, y que Pablo Neruda supo utilizar y manejar con maestría y genialidad tales, que muchos siglos pasarán antes que la electrizante carga —lírica y épica al tiempo— de sus nobles y dignos poemas se extinga en los últimos retumbos de la cultura universal.

Porque si de grandes poetas está tachonado el cielo literario de nuestro planeta, si cada pueblo podría descubrir allí su propia luminaria desde que la poesía comenzó a alegrar el alba de la humanidad, no abundan, sin embargo, en tales líricas constelaciones, aquellos que hayan utilizado ese casi divino don no sólo para su propio e íntimo solaz o en búsqueda segura de la esquiva fama. Pocos han sido en verdad quienes, además, lo hayan ofrecido generosamente en defensa y protección de sus semejantes, convirtiéndolo en válido alegato poético en pro de las gentes perseguidas, del pueblo sojuzgado y de los hermanos desposeídos, o en soberbio y castigador azote para quienes hacen

del hombre un instrumento de su poderío o de sus torpes ambiciones. Voces como las de Pablo Neruda o Miguel Hernández, como las de Wladimir Maiakowsky o Nazim Hikmet no abunda, ciertamente, pero constituyen “Momentos estelares” de la poesía universal, eclosiones formidables en que el verbo mágico del “vates” se confabula con la visión misteriosa del profeta y la prometeica dimensión del vindicador, para dar paso al gran poeta que desciende de su torre de marfil, de su caverna oracular para tomar decidida parte en los magnos e ineludibles combates por la dignidad humana.

De esta cimera jerarquía, de semejante estatura era nuestro Pablo de América, en cuyos labios la poesía era a la vez ternura y fortaleza, amorosa confianza y látigo fustigante, en trance siempre de decir las cosas más prodigiosas o de sugerir los actos más eficaces, comprometido a toda hora con la belleza y con la realidad. Ya lo dijo él en sus “Memorias” —síntesis suma de existencia impar, repleta de arte y de humanidad sin tasa—, cuando escribe: “A las primeras balas que atravesaron las guitarras de España, cuando en vez de sonidos salieron de ellas borbotones de sangre, mi poesía se detiene como un fantasma en medio de las calles de la angustia humana y comienza a subir por ella una corriente de raíces y de sangre. Desde entonces mi camino se junta con el camino de todos. Y de pronto veo que desde el sur de la soledad ha ido hacia el norte que es el pueblo, el pueblo, al cual mi humilde poesía quisiera servir de espada y de pañuelo, para secar el sudor de sus grandes dolores y para darle un arma en la lucha del pan”. Y ya lo había expresado hace muchos años, en septiembre de 1943, con motivo de su primera visita a Colombia, cuando —en una conferencia titulada “Viaje en torno a mi poesía”— había manifestado precisamente eso: que su poesía limitaba al sur con la soledad y al norte con el pueblo. Entonces me tocó registrar y comentar esa frase definidora de su actitud poética, y expresé: “Porque este poeta —como todo gran poeta— es un angustiado. Bajo la forma de la soledad, de los tiempos perdidos y las últimas separaciones, del humano acabamiento y del dolor del pueblo, la angustia se ha paseado creadora por la poesía de Neruda. Sólo que en él se ha manifestado mediante dos actitudes contrapuestas, que esa noche definió al decir que su poesía “limitaba al sur con la soledad y al norte con el pueblo”. La primera es la angustia de la soledad, del silencio de la creación que perece lentamente, en que el poeta se preocupaba apenas por sus pro-

pios dolores y problemas, por los de las cosas que lentamente se van destruyendo. La otra, ésta de ahora, es la angustia acompañada en que no es tan sólo el propio pesar el que lo mueve, sino el dolor del mundo y de la humanidad, la tragedia de las gentes y de los pueblos”.

Y ya que evoco esa oportunidad en que para nosotros, los jóvenes de entonces, se cumplía la anhelada ocasión de ponernos en contacto con el primer poeta de Latinoamérica, tal vez sea lícito aludir a lo que significó para nuestra generación, que apenas había traspasado los veinte años, ese acontecer memorable. Neruda llegó a Bogotá casi promediado el mes de septiembre de 1943, y quienes éramos ya sus devotos admiradores resolvimos organizarle un gran homenaje en la Universidad Nacional, que tuvo dos significativas manifestaciones: un acto en el Aula Máxima de la Universidad Nacional cuyo ofrecimiento estuvo precisamente a cargo de quien habla, y un almuerzo en la Residencia de Estudiantes que desde entonces funcionaba allí. Podría yo permitirme la libertad de recordar hoy algunos párrafos de esa prosa juvenil en que la admiración sin linderos al poeta de Temuco —que ha sido una de las constantes de mi vida— encontró tan ajustada expresión? Helos aquí: “No hablaré de la mariposa de sueño” ni de los “versos más tristes”. Otros dirán de los “crepúsculos perdidos” o de las “sentinas de escombros”. Quiero tan sólo y sobre todo poner de presente a la criatura de la actitud sincera, al poeta que encontró al final su límite preciso en el norte de las angustias populares. Relievar lo ejemplar, lo verdadero, que en usted también ve nuestra juventud, Pablo Neruda. Por eso digo ahora de su abierta, de su humana posición ante la herida colectiva. Y si el horror tomó la forma de la entraña y desgarrada de los niños, si el dolor se hizo carne en el pecho asesinado del gitano Federico, ¿cómo había de permanecer la poesía transitando países de algas y corales? ¿Cómo no sentir dentro del alma acongojada, brotar gimiente la hiedra del espanto y de la cólera? Si todo estaba derrumbado y sobre el mundo se iniciaba una odiosa geografía de asesinatos y de infamias, ¿cómo evitar la actitud que la vida nos reclama desde el fondo de la humana, de la inevitable raíz de la persona? Pablo Neruda, viajero por sus materias corroídas y sus naufragos buques abandonados, descubrió de pronto que la soledad limita al norte con el pueblo. Y fue el poeta del pueblo, e hizo un rito de su “reunión bajo las nuevas banderas”.

Y proseguía así: “Algunos dicen que su poesía olvidó desde entonces su propio y exacto derrotero. Los que defienden la poesía por la poesía, el criterio de la aislada e insensible torre de marfil, acompañan su aserto con este y aquél argumento. No comparto tal opinión aislacionista. En cambio veo que en ese sector de la poética nerudiana vaga tanto la poesía —con su misterioso aire de inasible mariposa— como por las comarcas amorosas de sus primeros poemas, o las amargas capas subterráneas de “Residencia en la Tierra”. Sólo que ahora realiza el necesario curso de su humana dignificación. Pues el poeta vive en su época y siente con su época. Otra cosa sería colocarse al margen del tiempo y el espacio, vivir en un supermundo de evidente realidad estelar. Por eso Pablo Neruda abandona su poética soledad inespacial, para oír la voz del tiempo en su diaria transcendencia dolorosa. Y si la experiencia del propio dolor, de los tormentos personales acendran y purifican nuestro poético alentar, por qué en Neruda el dolor de España, del mundo, de la humanidad, no podía irrumpir de su alma con la misma poética certidumbre, yo quiero presentar en esta ocasión un saludo al poeta combatiente. Al que ha tomado su lira y la ha convertido en hoz que realizará la siega milagrosa del porvenir. Al que no ha dudado un instante en poner su poesía al servicio de una causa para siempre valedera y cantó las glorias del pueblo en la guerra. Que este homenaje sea en especial un cariñoso tributo de admiración al caudillo, a la gran figura popular del cantor de Stalingrado”.

Eso fue el 23 de septiembre de 1943. ¿No es verdad que resulta significativa y un tanto promonitoria esa fecha, que precisamente hoy conmemoramos con emocionado fervor? Treinta años pasarían desde entonces, y Pablo Neruda sería permanentemente fiel a aquel propósito de poner su poesía al servicio de las causas más nobles y generosas. Y así, a lo largo de esos tres decenios lo veremos, cada vez más, empeñado en convertir sus versos en fusiles y arados redentores, haciendo suya la causa del pan y de la espiga, como tantas veces lo proclamara en su lírica batalladora. Bastaría leer las estrofas candentes del “Canto General” o las no menos ardorosas de “Las uvas y el viento” para comprobar esa participación cotidiana de su estro poético en las luchas del pueblo, ese norte suyo al cual en todo momento mantendría en el debido punto orientador de esa vasta brújula de gestas y de gestos, guerra y poesía que fue su inconmensurable mundo poético. En ese estar siempre situado en

el ojo del huracán combativo, sólo muy de vez en cuando se permitió Neruda una pausa, un íntimo respiro. Esos interludios estuvieron signados por la aparición de “Los versos del Capitán” (1953) y “Cien sonetos de amor” (1960), a más de ese adentrarse en el corazón de las cosas que fueron los tres volúmenes de las “Odas elementales”. Pero aún en el primero de esos libros —“Los versos del Capitán”—, el poeta que hace ese alto en el camino hacia el frente donde su lírica se desplaza en largas filas guerreras, en decidido orden de batalla, al par que canta a la amada en frescos deliquios de sombreada lírica, recuerda a toda hora sus deberes de Capitán del pueblo, y le dice:

*“Levántate conmigo.
Nadie quisiera
como yo quedarse
sobre la almohada en que tus párpados
quieren cerrar el mundo para mí.*

*Allí también quisiera
dejar dormir mi sangre
rodeando tu dulzura.*

*Pero levántate,
tu, levántate,
pero conmigo levántate
y salgamos reunidos
a luchar cuerpo a cuerpo
contra las telarañas del malvado,
contra el sistema que reparte el hambre,
contra la organización de la miseria”.*

(“La Bandera”).

O le recuerda:

*“Yo seguiré viviendo.
Porque donde no tiene voz un hombre
allí, mi voz.*

*Donde los negros son apaleados,
yo no puedo estar muerto.
Cuando entren en la cárcel mis hermanos
entraré yo con ellos.*

*Cuando la victoria,
no mi victoria,*

*sino la gran victoria
llegue
aunque esté mudo debo hablar:
yo la veré llegar aunque esté ciego”.*

(“La Muerta”).

Porque aún en medio del amor, el poeta soldado no olvida que hay combates por librar y que allí cerca —en las calles, en los campos, los ríos y mares—, siempre habrá un sitio donde los versos tengan oportunidad de convertirse en lanzas y espadas para dar paso a las “nuevas germinaciones”.

Pero este poeta que no ha vacilado nunca en estar siempre presto a trabarse en las más decisivas lides por la causa del pueblo, ha sido también un hombre firmemente enclavado en su tierra americana, que ha celebrado y cantado sus cosas, sus paisajes y sus seres con entonación y estilo de inconmensurable aedo, tal como se puede apreciar, sobre todo, en su “Canto General”. Con este libro logrando no sólo una de las más señaladas obras líricas de nuestro tiempo, si no la expresión más cabal de hasta dónde puede llegar el fervor por la tierra y el hombre americano en un corazón tenso y colmado de poesía. De una poesía que resulta así telúrica y humana al tiempo, en la cual los minerales primarios, los ríos y criaturas elementales acuden al llamado, a la casi épica convocatoria del poeta-demiurgo, ligados al destino y al dolor del hombre de hoy, tan infortunado y tal vez más entristecido que aquel que principiara a declinar con el alba colombiana.

Este hombre actual del nitrato, del estaño, del petróleo, del cobre y el carbón, que esconde su desesperanza y su miseria en las oquedades de todos los socavones de América.

Este fervor americano, tan visible en todo el “Canto General”, se trata sobre todo en ese “Amor América que el poeta manifiesta no sólo en el poema de ese título, sino a lo largo y ancho de este inventario lírico de un continente, en esta enumeración de los nombres de América que así acomete y que estalla soberanamente en ese gran coral que es el canto a “Machu Picchu”. Porque América es en este libro el punto central de la poesía nerudiana. Es algo que sintetiza muy cabalmente el poema XVII de “América, no invoco tu nombre en vano”, en la Parte VI del “Canto”, que dice en su parte final:

*“América, no de noche
ni de luz están hechas las sílabas que canto,
De tierras es la materia apoderada
del fulgor y del pan de mi victoria,
y no de sueño mi sueño sino tierra,
Duermo rodeado de espaciosa arcilla
y por mis manos corre cuando vivo
un manantial de caudalosas tierras.
Y no es vino el que bebo sino tierra,
tierra escondida, tierra de mi boca,
tierra de agricultura con rocío,
vendaval de legumbres luminosas,
estirpe cereal, bodega de oro”*

Pero es obviamente Chile —¡ay esta patria suya de nuevo en tinieblas!— lo más caro al corazón del poeta y lo que más suscita su vibrante torrente poético. Pocos, en efecto, habrán dicho de su tierra lo que Neruda expresa tan tierna y melancólicamente de su Chile austral. Su angosta geografía, su Flora de espinos, araucarias y avellanos, sus arduos minerales, sus ardidados o helados litorales, sus piedras y sus aves, la tierra toda en Chile se halla en su obra, líricamente glorificada. Al igual que el pastor, el marino, el campesino, los hombres del cobre y del nitrato, las gentes todas de su “patria sonora”, desfilan por esta poesía fulgurante y candente en toda la grandiosidad humilde de sus sencillos destinos. Por eso el “Canto General de Chile” —Patre VII de la obra— contará siempre entre las más puras muestras de poesía altamente patriótica, aunque exenta de los vicios y defectos que por lo común afectan a esta especie poética. Pues el patriotismo lírico de Neruda, si bien referido a Chile a empinadas cimas emocionales y estéticas, es en realidad un patriotismo americano, relativo a América toda, que es su verdadera patria poética. Pero es a su Chile nativo al que se dirige, cuando dice:

*“Patria mía: quiero mudar de sombra.
Patria mía: quiero cambiar de rosa.
Quiero poner mi brazo en tu cintura exigua
y sentarme en tus piedras por el mar calcinadas,
a detener el trigo y mirarlo por dentro,
Voy a escoger la flora delgada del nitrato,
voy a hilar el estambre glacial de la campana,*

*y mirando tu ilustre y solitaria espuma
un ramo litoral tejeré a tu belleza.
Patria, mi patria
toda rodeada de agua combatiente
y nieve combatida,
en tí se junta el águila al azufre,
y en tu antártica mano de armiño y de zafiro
una gota de pura luz humana
brilla encendiendo el enemigo cielo".*

Pero hay en este volumen del "Canto General" en la parte XIII, —titulada "Coral de Año Nuevo para la patria en tinieblas"— una serie de poemas que por su tono y ardencia podrían ser plenamente aplicados, salvo ligeras variaciones, a la dolorosa y horrenda situación que vive Chile hoy. Escritos entre 1948 y 1949, con motivo de las circunstancias políticas que llevaron a la voltereta reaccionaria de Gabriel González Videla —quien había sido elegido por una coalición de centro— izquierda y luego se convirtió en perseguidor de quienes lo llevaron al poder, hay allí tanta "calentura moral", tanto desprecio hacia el traidor y tanta esperanza en el pueblo chileno, que los versos surgen como a modo de ametralladora lírica que contundentemente confundiera y apabullara a los asesinos de entonces, antecesores directos de los criminales que hoy pasean su desfachatez de sangrientos chafarotes a la vera de las alambradas de ese gigantesco campo de concentración en que han convertido a Chile. Muy semejantes a esos poemas habrían sido los que Neruda hubiera compuesto en las presentes circunstancias, de no haber sucumbido aquel 23 de septiembre, no tanto a la implacable enfermedad que lo afligía, como a la amargura de ver a su "puro Chile" convertido en una "feroz cueva de naufragos".